



PQ8519
.H4
T4

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

CILES ALUCINADA

CILES ALUCINADA

Mirabar quid mæsta deos Amarilly, vocares;
.....
..... Ipsæ te, Tityre, pinus,
Ipsi te fontes, ipsa hæc arbusta vocabant.

VIRGILIO.

Ciles es rubia y hermosa. Su niñez como una llama
Se alargó, y á los diez años hubo que hacerle una cama.
La historia de sus primores hizo en los valles estruendo.
En sus mejillas parece que hay un beso amaneciendo;
Y cuando Ciles suspira lleva el soplo de su boca,
Heliotropos insinuantes y ternuras de mandioca.
Pero Ciles no es la misma desde algún tiempo á esta parte ;
Ni siquiera con el cura que va á su casa, departe ;

Ya los sábados no corre, trémula de regocijo,
 Á esperar en el sendero la borrica del cortijo.
 Ella no acepta de nadie nueces, ni frutas, ni mieles;
 Ni tampoco se comide para alifiar los pasteles;
 Y en vez de cuentas y lazos, que le llevan las amigas,
 Sueña que un duende peludo le ofrece arañas y ortigas.

Ya no luce aquella negra redecilla, ni entrelaza
 Blancas flores de los prados ; hace tiempo que no caza
 Mariposas de la tarde para adornar su corpiño.
 Todo en ella es negligencia ; todo en ella es desaliño.
 Ya no cuida de su saya de rojos pliegues pesados,
 Que le besan media pierna. Y sola en los descampados,
 Sin oír las resonancias de los místicos cencerros,
 Abandona sus majadas al cuidado de sus perros.

Hace ya un rato que Ciles se encuentra inmóvil. La luna
 Pinta en el lago una eglógica decoración aceituna,
 Y allá por las hondanadas, sobre los muertos pantanos,
 Lloran sus misantropías algunos sauces humanos.

La hora es cordial. Hasta el ancho azul ingenuo del cielo
 Sube el grito del torrente. Con su romántico vuelo,
 Algunas brisas, que vienen desde los valles dormidos,
 Llevan al alma el secreto de los insomnios floridos.

Triste, fantástica, muda, con el color de una muerta,
 Ciles suspira hace rato junto al umbral de la puerta.
 Cautiva de su quimera ó herida por un desvío,
 Tiemblan sus largas pestañas como el follaje en el río.
 La rigidez de sus dedos en que brilla una sortija,
 Marca la pálida recta de la obsesión honda y fija,
 Y entre el cabello que cae asoma el seno tierno
 Como un blanco animalito que toma sol en invierno.

Ya no canta los prodigios de los graves ermitaños
 Que espantaban á los diablos, reunidos en los castaños ;
 Ni cuando corre una estrella se persigna, dando aviso :
 « En este momento ha entrado un alma en el paraíso! »
 Ya no cura los cabritos llevándolos á su lecho
 Para que duerman calientes, pegados contra su pecho.

No piensa en cuando su abuelo, después de un largo relato,
 Picándola con su barba la hizo llorar un buen rato ;
 Tal vez no extraña el cachorro que se murió entre la nieve,
 Por haber perdido el rastro de su piecenco leve,
 Su dulce amigo que al verla murió diciendo en un grito :
 « Tengo celos de tu amante, aquel hermoso cabrito . . . ! »
 Ni aquella historia recuerda, que la dejó medio boba,
 De una santa que vivía de las tetas de una loba,
 Y que la loba al morir, entre muchas maravillas,
 Le pidió la bendición, poniéndose de rodillas . . .

Pobre Ciles ! ella mira tras de la cumbre sedeña ;
 Ella ha jurado tres veces, mientras cortaba la leña,
 Matar á quien le enseñara, solo con un caramillo,
 Á enamorar las culebras y á darle celos al grillo.
 Á la virgen ese día Ciles ha dado palabra
 De consagrarle un tocino y á más un queso de cabra . . .
 Ella sabe del efímero que suele ser noctívago
 Y que se place á estas horas entre los tules del lago,

Donde ella lo vió una tarde, cuando empezó á darle daño,
 Cogido de su cintura, mientras se le iba el rebaño . . .

Reina una paz infinita. De todos lados se exhalan,
 Humanamente, rumores. Algunos corderos balan . . .
 Cual recelosa nodriza que vela junto á su niño,
 Ciles se mueve en silencio, después de algún escudriño,
 Pero al andar unos pasos, vuélvese á mirar la choza
 Y apretándose la cara con ambas manos, solloza ;
 Pues ella piensa en sus tiernos hermanitos que abrazados,
 Sobre un vellón cuya albura le da eficacias de nuevo,
 Duermen, hace rato, juntos, calientes, casi pegados,
 Tal como dos pajaritos que están en el mismo huevo . . . !

Lejos, de algunas cabañas, por entre un soto de aloes,
 Llegan sonidos de gaitas, de caramillos y oboes ;
 Y Ciles recuerda el canto primero que le enseñara
 Su mal pastor (una noche, como esa noche tan clara.
 Se llama « El canto del bosque »). Al principio no entendía
 Un acorde con escalas de salvaje gritería ;

Torpes y flojos sus dedos andaban, casi encogidos,
 En el instrumento como corderos recién paridos . . .
 Y ella, aunque sabe que es ruda, tiene la blanca certeza
 De que los ojos de Elías aumentaron su torpeza,
 Pues siempre que él la miraba—no le mienten los recuerdos—
 Sus dedos se humedecían, estaban mucho más lerdos.

Bajo el augusto misterio, por entre zarzas y riscos,
 Ciles veloz se desliza, dejando atrás los apriscos,
 Los pueriles saltos de agua vagabunda en que mil chorros
 La nombran, y un tronco donde una pareja de zorros
 Está adorando la luna . . . Fué allí, en una tarde opaca,
 Donde él la besó en el hombro, al ir á ordeñar la vaca,
 Á traición mientras se hincaba ; donde Ciles por recato
 Se bajó bien el vestido, y se quejó del mal trato
 Que recibiera en el alma, y donde aquel pastorcillo
 Lloró para consolarla, soplando en el caramillo !

Nada, nada la detiene. Llena de un ensueño vago,
 Quiere matar al pastor, allá en el fondo del lago

Donde quizá sin recelo, blandamente se solaza
 Con la vaquera del prado, aquella hermosa rapaza,
 La misma de quien Elías una noche le dijera
 Cosas tan malas que hablaban de un lunar en la cadera . . .
 Ella también morirá; y al entregarse á la onda,
 Le ha de encadenar por fin á su cabellera blonda,
 Y en el fúnebre deleite de los postreros abrazos,
 Lo clavará con mil besos sobre la cruz de sus brazos !

Un suave recogimiento reina en todo. Se diría
 Que Ciles es la sonrisa de aquella melancolía.
 Entre sus labios tiembla la rosa de la aventura ;
 Su marcha es ligera y fácil, y es tal su desenvoltura,
 Por entre breñas y helechos tan dulcemente resbala,
 Como si en el pie esa noche le hubiera nacido un ala . . .

Repentino languidece. Una infinita delicia
 La invade ; todo su pecho se dilata á una caricia
 De ingenuas inspiraciones. Aquíetase . . . El magnetismo
 De su lacónica patria, y un oscuro panteísmo

Que no comprende, la postran. Ella siente como un viento
 Apagar la viva hoguera de su sangre, y un unguento
 De sobrehumanas dulzuras ; siente una ociosa mañana
 De paz en el corazón, y como una barba anciana
 Que se desliza en su seno ; le parece que una lengua
 Divina le lame el alma, y á poco su fuerza mengua . . .
 Aquellas viejas montañas le ofrecen acogimiento,
 Como á una visión sagrada del Antiguo Testamento !

Vuelve á pensar en Elías y con extraña molienda
 Se adelanta, pero al punto descarriada de la senda,
 Ciles pesa más y más . . . y vacila : junto á un haya
 Se ha enredado su vestido,
 Y ella, sin volverse acaso, mira cómo de su saya,
 En procesión flavescente que se oculta en los barrancos,
 Cuelgan su madre que ha muerto y un ejército florido
 De ángeles blancos . . .
 La cadencia de un suspiro llena de un vago reproche
 La dulzura confidente de las almas de la noche.

Casi á punto de llorar se suspende toda ella
 Del placer ultraterrestre que sentirá en su querella
 Cuando lo mate . . . y de nuevo, parécele que una lengua
 Divina le lame el alma, y á poco su fuerza mengua . . .
 Su pálida frente mana un vivo sudor helado,
 Como si una nube santa se hubiese en ella posado.

.....

Al ver el lago se agita . . . pero esta vez una inmensa
 Y como póstuma dicha, déjala exangüe y suspensa.
 Detiénese bruscamente . . . Aquella piedra, esa rama,
 El matorral y la gruta, todo á un tiempo la reclama . . .
 Los perfiles patriarcales de aquellas severas cumbres
 Se humanizan á sus ojos con extrañas dulcedumbres.
 Respirando plenitudes de amor absurdo y sereno,
 Siente que aterciopelado se duerme el mundo en su seno.
 Ella ve una imploración por la salud de sus males,
 En la devota humildad de los sauces fraternales.
 Un espejo la objetiva. Todo lo que ella ha sentido
 Lo contempla en el paisaje, trasmigrado y confundido.

Su atención se ratifica de horizonte en horizonte,
 Y están llenos de su alma : nubes, prados, valle y monte.
 Fausta embriaguez la inanima. Gesticulan conturbados
 Al verla, los insociables arbustos de los collados.
 Tímidas hierbas le ofrecen lecho de olor. Larga queja
 Le da el grillo, y la cañada, que despierta con la flora,
 Le habla entre dientes, la llama, como una abuelita vieja,
 Para lavarle la sangre de alguna espina traidora.

Recogida íntimamente no acierta en lo que le pasa.
 Aquel cielo le es tan dulce como el techo de su casa.
 Un encanto familiar la circunda por doquiera,
 Por momentos ella siente que es un objeto cualquiera,
 Y sonríe . . . Formas vagas á media voz la interrogan ;
 Aquí unos lirios sonámbulos sobre sus manos dialogan,
 Allá rebaños de piedras le quieren contar su cuita,
 Y están mudas de emoción las campanas de la Ermita.

Ciles no puede moverse . . . tiene el alma prisionera ;
 Todo aquel suelo la llama, como una dulce cordera.

Y entre esas viejas montañas que le dan acogimiento,
 Se parece á una visión del Antiguo Testamento !

Hace un esfuerzo supremo . . . un misterioso homenaje
 Se abraza de sus rodillas . . . entonces busca coraje
 En el cielo, pero en vano, pues ha visto que la estrella
 Que alumbró su nacimiento, tiembla de vivir sin ella,
 Y la luna, al mismo tiempo, inertemente la inunda
 Con el ojo suplicante de una cierva moribunda.

Desde entonces hasta el alba, sublimemente olvidada
 Del pastor y de sí misma, permanece hipnotizada
 Como esos montes, inmóvil como esas fuentes, rendida
 Como esas piedras, quimérica como esas nubes, sin vida,
 Casi extática, inconsciente, grave como el Monasterio,
 Rígida, exhausta, cubierta de sueño, luna y misterio . . . !

Todo es paz. Hablan de amor las abstractas lejanías,
 Y bajo el dulce hipnotismo, por entre un soto de aloes,
 Suspirando las solemnes y hurañas melancolías,
 Se duermen ebrias de llanto las gaitas y los oboes.